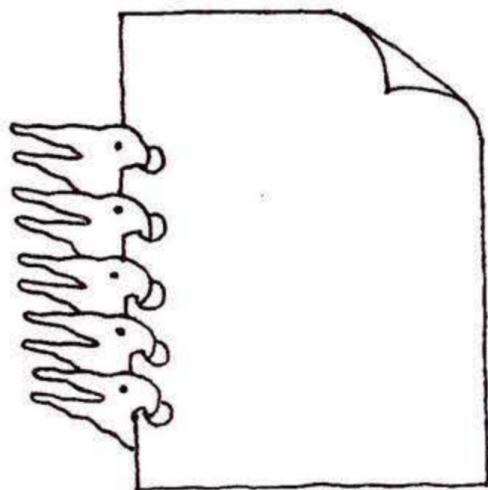


internacionalizaran los hermanos Lumière, es explicado por el narrador merced a la ratio positivista [...] La obsesión técnica de Avella Mendoza también se pone de manifiesto en otras secuencias, bien por medio de metáforas [...] también se advierte una curiosa anticipación simbolista en el plano de ciertas situaciones: el presentimiento que sacude a Inés de Hinojosa [...] cuando advierte un fantasma [...]: es el árbol de la calle, donde a la postre será ahorcada [...] Este dato, como la recurrente ave negra que anuncia la tragedia en María... [págs. 52-53]

Luego trae a colación los casos de algunas mujeres que tuvieron actuaciones similares a la de doña Inés y acabaron en forma semejante, y finalmente retoma el texto de Rodríguez Freile y hace un rápido análisis de su estructura narrativa.



Isabel Rodríguez, en su texto "Mujeres transgresoras (criollas, indias y brujas) en la Colonia", explica: "Mi interés por la fragmentada descripción del personaje literario Inés de Hinojosa y por la manera como los grupos femeninos son representados en la literatura me incita a confrontar analíticamente en este ensayo tres novelas construidas en torno al personaje..." (pág. 60).

Una vez que se adentra en el análisis asevera:

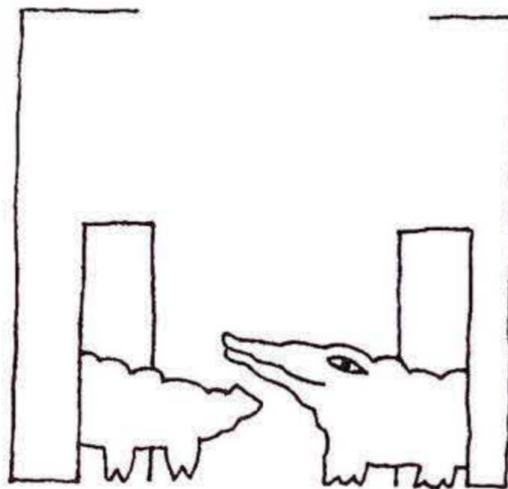
La lectura de los casos o pretextos, como eventos centrales o no, es determinada por el tipo de lector y yo afirmaré que es justamente un lector de literatura el que relievra dichos eventos y goza de ellos. Son los pretextos los que se han con-

vertido en literatura y han permitido que un fragmento de El carnero [...] sea (re) creado de diversas maneras. [pág. 63]

Se analiza entonces nuevamente el papel transgresor de Inés, sobre todo frente a la sexualidad, y se incluye un severo recuento del papel de la mujer tipificada como bruja, amiga del demonio, pecadora, etc., frente además al papel que desempeña la Hinojosa como "criolla", de sangre poco pura y por tanto más cercana al pecado.

María Mercedes Jaramillo, crítica literaria, aborda el tema desde la creación del personaje y su recreación, y cómo dicho personaje se desarrolla en cada anécdota. Jaramillo realiza un complejo análisis retórico y semántico de los tres textos frente a diversos trabajos de cantantes, poetas y productores de cine que han jugado con la misma historia.

Finalmente, antes de los textos que servirán de soporte al libro, el de Rodríguez Freile y el de Avella, esta feminista y crítica experta en la Colonia aborda al personaje doña Inés como el mero producto del apenas naciente orden colonial. Afirma, entonces, que Rodríguez Freile podía burlar la censura y hacer una crítica al sistema a través de esta crónica. En cuanto al de Avella, dice que es un texto producto del romanticismo que pretende mostrar el horror político y moral que constituye Inés, bastante lejana al ideal de "ángel del hogar" que se pretendía durante el siglo XIX.



Así, pues, parece que aún hay mucha tela que cortar frente a este tema, aparentemente tan sencillo —adulterio y traición—, y la crónica de los peca-

dos cometidos por la criolla en el siglo XVI seguirán dando de qué hablar. Siete ensayos analizan su comportamiento de siete maneras distintas, siete visiones diferentes, siete versiones diferentes, para un solo personaje que cometió dos pecados, tan graves, que aún siglos más tarde se continúa poniendo en tela de juicio su comportamiento. De algunos de los ensayos se diría que le sacan "cinco patas al gato"; sin embargo, como puntos de vista variados sobre un mismo tema, generan textos individuales sumamente interesantes.

JIMENA MONTAÑA CUÉLLAR

Colón revisitado

Cristóbal Colón y el descubrimiento

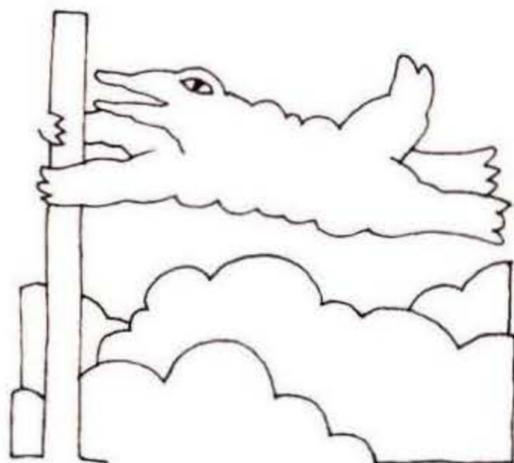
Alfredo Iriarte

Editorial Panamericana, Bogotá, 1998.
123 págs.

¿Cuál es el objeto de los estudios históricos? Se trata de informar, de instruir a las nuevas generaciones, se nos dice, acerca de los acontecimientos ocurridos en el pasado que han marcado un hito en la evolución de las sociedades. La invención de la máquina de vapor hacia 1769 en Inglaterra, la expulsión de los moros y de los judíos de España en las postrimerías del siglo XV, son hechos históricos. Alrededor de cada uno de estos hechos o singularidades en la historia se produce una vasta, o a veces exigua, documentación, cuyo sedimento a lo largo del tiempo conforma una tradición que la enseñanza de la historia tiene por objeto transmitir de una generación a otra. Hay aquí, pues, una especie de veneración al pasado, como se puede apreciar en los museos de historia de la tecnología.

Ahora bien, ¿tiene la historia otro objeto además de informar, mostrar o ilustrar? Creemos que sí, valorando una historia crítica que cuestiona el legado del pasado, pues la historia no está dicha ni establecida de una vez para siempre, como las runas en las piedras escandinavas, sino que está sujeta a los

avatares de un tiempo vivo por la mediación del saber, de la investigación, retroalimentándose continuamente con nuevas fuentes. Así que no es inmutable sino renovable, es un ente vivo y podemos aplicarle las palabras de Henri Bergson en su *Evolución creadora* (1907): "La herencia no transmite solamente caracteres, sino también el impulso por el cual los caracteres se modifican, impulso que es la vitalidad misma".

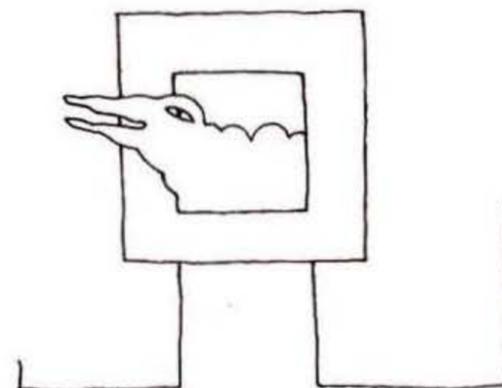


Desgraciadamente, este último aspecto crítico ha sido casi por completo erradicado de los medios académicos, y es así como, por ejemplo, en las aulas, los estudiantes de historia, aun si ignoran lo que se les va a contar, no esperan nada que los motive, a tal punto lo que se les cuenta está sobrecargado por el peso agobiante de la autoridad, incansable repetición de una misma cantilena que de antemano abruma al estudiante y lo reduce a la inercia. Goethe lo expresa así: "Por lo demás yo detesto todo lo que no hace más que instruirme, sin aumentar mi actividad o vivificarla inmediatamente". Uno querría entrar en una exploración histórica como se embarcan el capitán y su tripulación para la cacería del Snark en el poema de Lewis Carroll (*The Hunting of the Snark*): el capitán había comprado un mapa grande que representaba el mar, sin el menor vestigio de tierra: y la tripulación estaba muy contenta al darse cuenta de que era un mapa que todos ellos podían entender. "Otros mapas tienen tales formas, ¡con sus islas y cabos! Pero nosotros tenemos que agradecer a nuestro bravo capitán —así declaraba la tripulación—, que nos ha comprado el mejor: ¡uno perfecta y absolutamente en blanco!".

Movido por la curiosidad me adentré, pues, en la indagación sobre el per-

sonaje Cristóbal Colón y el descubrimiento de América, sin dar nada por sentado, *quam tabula rasa*, o casi. Y bien, ¿qué encuentro consultando algunos libros nacionales sobre el tema? La confirmación de lo expuesto arriba sobre el carácter de la enseñanza escolar de la historia. En este caso, se ha tejido en torno al héroe una especie de novela romántica, invistiéndolo en un aura de virtudes que pretende aun la santidad. Veamos algunos lugares comunes: "[...] para morir prematuramente de pena y casi en la miseria" (Jesús Sánchez Díaz, *Cristóbal Colón*). "Y con una fe imaginable sólo en una madre, la reina Isabel empeñó sus joyas y le entregó el dinero a su protegido para contribuir a costear la travesía" (Beatriz Caballero, *Cristóbal Colón, valiente, terco y soñador*). "Colón deseaba ser el primero en dar la voz (¡Tierra a la vista!) y por ello se adjudicó el premio (diez mil maravedís), más por gloria que por codicia, hemos de pensar" (Gregorio Gallego, *Cristóbal Colón*). "Colón, no obstante la pobreza de su familia, obtuvo una educación científica, y cuando se embarcó como marino la primera vez, a la edad de 16 años, ya tenía buenos conocimientos astronómicos y cosmográficos, ganaba la vida haciendo mapas geográficos, había estudiado el arte náutico [...] Año y medio después [de la muerte de la reina Isabel] Colón la siguió a la tumba, pobre, perseguido, profundamente triste y abandonado por los mismos que en un tiempo le habían adulado" (Soledad Acosta de Samper, *El descubridor y el fundador*). "Son ciertamente abrumadores los indicios de que era judío. Es muy probable que su familia descendiera de hebreos catalanes [...] Se ha demostrado una vez más que los vikingos fueron unos navegantes valerosos pero ignorantes y bestias, que jamás tuvieron conciencia cierta de lo que significaban sus viajes [...] Los sabios deliberaron concienzudamente y luego convocaron reuniones especiales para oír a Colón [en la Universidad de Salamanca] [...] En este momento aciago de su vida, más que en otro alguno, Colón se acercaba horrorizado a los crueles extremos de la mendicidad [luego de la segunda entrevista con los soberanos en Santa Fe] [...] Colón, los Pinzones y sus hombres par-

tían hacia un mar jamás surcado por navío alguno [...] Desde que el primer hombre osó echarse al agua sustentado en un madero hasta el 3 de agosto de 1492, la humanidad había hecho en mayor o menor grado navegación de cabotaje, manteniendo siempre el cordón umbilical con las costas" (Alfredo Iriarte, *Cristóbal Colón y el descubrimiento*).

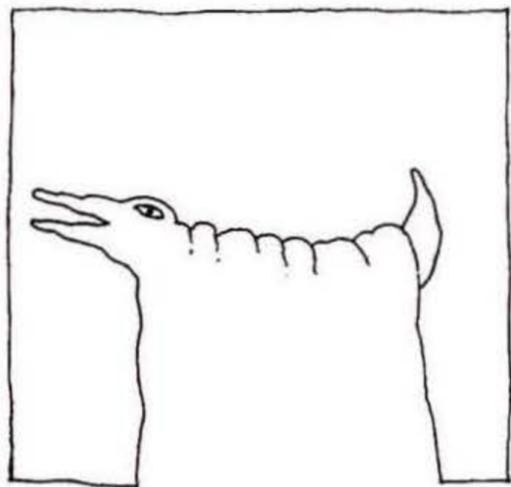


Este Colón convencional se ha pintado hasta la saciedad, con base sobre todo en los historiadores modernos, que forjaron una leyenda promovida por los escritos del mismo Colón, por la biografía que de él escribió su hijo Hernando y por la obra de Bartolomé de las Casas. Sin embargo, de manera recurrente, se hizo uso de documentos venidos de fuentes no colombinas, que no siempre se refieren directamente a Colón, pero que completan, no obstante, y a menudo rectifican, los que provienen de él y de su familia. La obra de Washington Irving contribuyó notablemente a acreditar la leyenda formada en torno al navegante. Poco a poco se descubrieron lagunas sorprendentes y singulares errores en lo que atañe a los antecedentes de Colón y a las causas inmediatas de su descubrimiento, tal como nos los relatan el descubridor mismo, su hijo y Las Casas. Fue así como se pusieron en cuestión ciertos hechos sólidamente acreditados: que Colón era de familia de navegantes; que entre sus ascendientes figuraban almirantes; que muy pronto desertó de los telares de sus padres y abuelos y se hizo marino, viajando mucho; que conocía de primera mano a los autores que cita; que tenía sólidos conocimientos de marina y de cosmografía, y que España desestimó sus servicios dejándolo en la pobreza.

Tres obras críticas comienzan a modificar el punto de vista tradicional: Alexander von Humboldt, *Examen crí-*

tico de la historia de la geografía del Nuevo Continente (1836-1839); Henry Harrise, *Cristóbal Colón* (1884) y Sophus Ruge, *Columbus* (1902). Sin embargo, la versión de la busca del levante por el poniente y la de Toscanelli como inspirador de esa busca no se discutieron, tan arraigada como estaba esta idea. Su cuestionamiento comienza a producirse en el Congreso de Americanistas de 1900, y con el libro del estadounidense Henry Vignaud, *Estudios críticos sobre la vida de Colón antes de sus descubrimientos* (1905), obra extensa de la cual hizo el autor después un resumen: *Cristóbal Colón y la leyenda* (1921).

¿Eran las Indias realmente la meta de Colón al emprender el primer viaje? Algunos críticos apoyaron el cuestionamiento hecho por Vignaud: Filson Young, *Christopher Columbus and the World of his Discoveries* (1906) y E. L. Stephenson, en la *American Historical Review*. Colón, aseveran estos autores, no ha emprendido tal proyecto siguiendo los consejos de un astrónomo (Toscanelli) que nunca había viajado y que no conocía el mundo más que a través de su observatorio, ni persiguiendo una empresa quimérica, sino porque sus observaciones, sus conocimientos y ciertas historias que llegaron a sus oídos atentos, le dieron la convicción de que existían islas y tierra firme al occidente, las cuales buscó hasta encontrarlas.



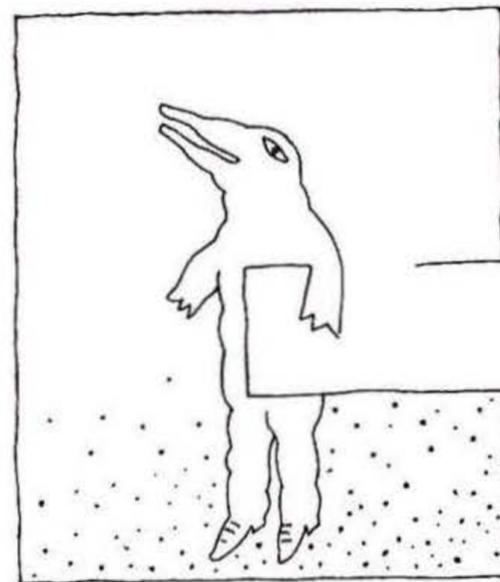
¿Colón, de ascendencia judía? La tesis de Iriarte, promovida por Celso García de la Riega en *Colón español, su origen y su patria* (1914), fue debatida ya por Ángel de Altolaquirre en su obra *¿Colón español?* (1923). En su extenso libro *Vida del muy magnífico*

señor don Cristóbal Colón (1940), Salvador de Madariaga sostiene la ascendencia judía-catalana de la familia Colombo. A sus argumentos replica en detalle el cubano Armando Álvarez Pedroso en *Cristóbal Colón* (1944). Para los coetáneos de Colón, éste no era de origen semítico. La escena de su llegada al convento de la Rábida indica que Colón entra a España hablando un idioma extraño en la península. Ramón Menéndez Pidal, en *Cómo hablaba Colón*, muestra la injerencia de vocablos, modismos e idiotismos portugueses en el español que usaba Colón, como si éste hubiera aprendido el portugués antes que el español.

¿Era un sabio Colón? Hernando Colón y Las Casas dicen que el navegante había estudiado en la Universidad de Pavía. Se ignora la fuente de esta información, quizá venga del mismo Colón, al que le gustaba hablar de sus conocimientos científicos. Sea lo que fuere, es falso que Colón hubiera estudiado en la Universidad de Pavía. Colón asegura haber verificado la longitud de un grado de la circunferencia de la tierra (carta del 7 de julio de 1503), pretensión ésta que hacía reír a Humboldt, ya que Colón ni siquiera era capaz de tomar en tierra la latitud de un lugar que había visitado varias veces. Así, sitúa el fuerte de la Mina, en África, por debajo de la línea ecuatorial, cuando estaba 5° al norte; se equivoca 14° en la latitud que asigna a Cuba, y 10° en la que señala para Islandia. Juan de la Cosa cometía también graves errores, pero éste no se hacía pasar por lo que aquél decía ser. Los cosmógrafos competentes coetáneos de Colón no cometían semejantes errores. Así, en la *Esmeralda* de Pacheco, la mina aparece situada en los 5° 30' de latitud norte. Uzielli, fiel a la tradición colombina, reconoce, sin embargo, que Colón no sabía servirse del cuadrante, instrumento con el que se podía determinar en tierra la verdadera latitud con un margen de error de 1° o 1,5°.

En verdad, Colón, inteligente y sagaz, fue un autodidacto, y emprendió sus estudios una vez establecido en Portugal, cuando sus proyectos de descubrimientos le hicieron ver la necesidad de adquirir algunos conocimientos científicos. Es un hecho que no llegó a Portugal por ser éste un lugar privilegiado para desarro-

llar sus concepciones cosmográficas, como se suele decir, sino por accidente, al naufragar cerca de Lisboa la nave de comercio en la que se había embarcado en Génova para ir a Inglaterra, atacada por el almirante francés Casenove. Es entonces cuando comienza propiamente su carrera de navegante.



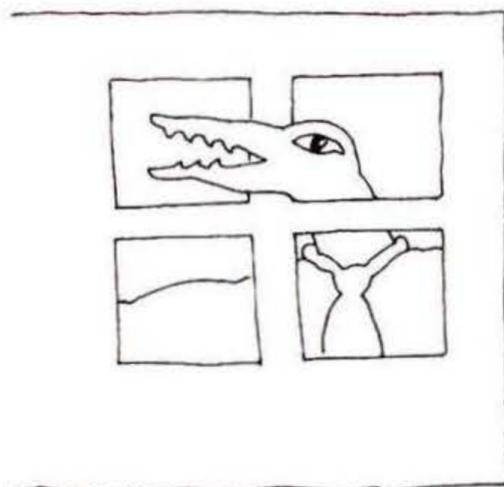
¿Colón en Islandia? Humboldt, Ruge y el geógrafo islandés Thoroddsen, entre otros, estiman que Colón no fue nunca a Islandia.

¿Muere Colón en la pobreza, desestimado por la corona española? En verdad los herederos de Colón reciben un vasto legado en riquezas y títulos. Diego Colón, duque de Veragua, se casa con una prima del rey.

¿Colón en la Universidad de Salamanca? Así lo afirman Iriarte y Jesús Sánchez Díaz, un anacronismo contra todas las evidencias que ya nadie discute.

¿Hasta el 3 de agosto de 1492 sólo se había hecho navegación de cabotaje? En torno a esta cuestión se han levantado agudas controversias. Un extensísimo libro de Juan Manzano Manzano, *Colón y su secreto. El predescubrimiento* (1976), esgrime variados indicios y documentos —Capitulación del 17 de abril de 1492, Privilegio de concesión de los oficios colombinos del 30 de abril de 1492— para aseverar que Cristóbal Colón, en aquellos años de disputas con los “sabios” portugueses y españoles, conocía, con seguridad absoluta, la existencia de tierras oceánicas en el oeste. ¿A través de qué conductos tuvo conocimiento Colón de la existencia de las Antillas menores y Haití? ¿Cuál era el “secre-

to" de Cristóbal Colón que, al ser conocido con pelos y señales por el "fraile astrólogo" Marchena, convirtió a éste en el único defensor de su proyecto descubridor frente a la opinión contraria de todos los contemporáneos que también lo conocieron, aunque en forma incompleta, ya que, por voluntad deliberada del interesado, ignoraron las razones "más urgentes" o decisivas en que éste lo fundamentaba? Sin duda el "secreto" no es la carta y el mapa de Toscanelli, como sugieren Madariaga e Iriarte, pues hoy se sabe que la concepción cosmográfica y geográfica de Colón estaba muy cerca de aquella que aparece en los documentos del florentino Toscanelli, por lo cual éstos no podían constituir ningún secreto. Iriarte, habiendo afirmado que Colón escribe a Toscanelli y recibe luego de éste los documentos en cuestión (pág. 20), escribe más adelante que "Colón tuvo miedo de mostrar estos tesoros ante los sabios justamente acobardado por la evidencia de que eran mal habidos" (pág. 40). ¿Mal habidos? Parece que Iriarte abandona su hipótesis de la correspondencia sostenida entre Colón y Toscanelli, y acoge ahora la de Madariaga, según la cual Colón roba los documentos.

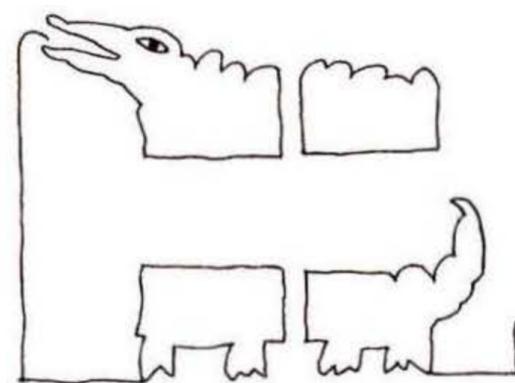


Manzano revive la conjetura planteada desde 1905 por Henry Vignaud en sus *Estudios críticos*, y por Rómulo Carbia en su *Nueva historia del descubrimiento de América* (1936), según la cual un protonauta fue el casual descubridor de las regiones occidentales del océano unos años antes que Colón, al que éste encuentra después en la isla de Madera y que le habría revelado entonces, poco antes de morir, su hallazgo. Manzano rastrea minuciosamente las huellas de esta conjetura, encontrando en dos autores de los siglos XVI y XVII la histo-

ria del protonauta. Son ellos Baltasar Porreño y Gonzalo de Illescas. Cuentan también la historia Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias* (1535), López de Gómara en su *Historia general de las Indias* (1552) y Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias* (1560). Las tres versiones son iguales, siendo más extensa la de Las Casas. "Como a Vignaud, —escribe Manzano—, a nosotros nos resulta evidente que Las Casas creía en la realidad material de los hechos narrados por él, y sólo discute el alcance que pretendía atribuírsele". En el capítulo V de su obra, Las Casas nos dice: "Según tengo entendido, cuando [el almirante] determinó buscar un príncipe cristiano que le ayudase e hiciese espaldas, ya él tenía la certidumbre de que había de descubrir tierras y gentes en ella, como si en ellas personalmente hubiera estado (de lo cual cierto yo no dudo)". Por su parte, Segundo de Ispizúa en su *Historia de la geografía y de la cosmografía* (1926) declara: "Si hay una tradición en la historia que merezca crédito, es la del piloto desconocido".

Para Vignaud y Carbia, Colón, al emprender su primer viaje, iba en pos de las islas Antilia, acerca de cuya existencia le había hablado el protonauta, y no en busca del levante por el poniente. Sólo que, al no encontrar las islas donde se suponía que estaban, y teniendo que navegar mucho más al oeste, comenzó a conjeturar que se hallaba en los confines del Asia oriental, asistido por el objetivo que sin duda perseguía Martín Alonso Pinzón desde el principio de la travesía: el hallazgo de la isla Cipango, mencionada por Marco Polo y otros. Manzano disiente de semejante hipótesis; sin embargo conviene que las islas que Colón buscó en su primer viaje —entre las que se encontraba La Española— y la masa continental sudamericana, eran tierras desconocidas para todos los contemporáneos, incluso para Toscanelli. Éstas eran las tierras descubiertas por el protonauta. ¿Qué tierras eran éstas, sobre las cuales el protonauta le había relatado? Aquí comenzó Colón sus lecturas de obras de geografía, cosmografía, etc. (en las que antes jamás se había interesado, pese a lo dicho por su hijo Hernando). Gómara nos dice que Colón "no era docto", pero que era lis-

to, sagaz, "bien entendido, y como noticia de aquellas nuevas tierras por relación del piloto muerto, informóse de hombres leídos sobre lo que decían acerca de otras tierras y mundos". Manzano asevera que Colón conoce, antes de 1492, las obras *Imago Mundi* del cardenal d'Ailly, *Historia Rerum* de Pío II, y la carta y mapa de Toscanelli, y son ellas las que le hacen identificar, erróneamente, las tierras descubiertas por el protonauta con las tierras extremoorientales de Asia. Manzano se aplica, a lo largo de 800 páginas, siguiendo en detalle las vicisitudes de los cuatro viajes de Colón, a consolidar su conjetura del piloto desconocido, precursor de Colón.



Ahora bien, ¿es que, como sostiene Salvador de Madariaga, se percibe en Colón "esa impresión de espaciosa sencillez que llamamos grandeza"? Al primer día en que los europeos topan con los indios, Colón escribe en su Diario: "Ellos deben ser buenos servidores" y "Esta gente es muy simplice en armas como verán Vuestras Altezas de siete que yo hice tomar para les llevar y deprender nuestra fabla y volvellos, salvo que Vuestras Altezas cuando mandaren puedenlos todos llevar a Castilla, o tenellos en la misma isla captivos, porque con cincuenta hombres los tendrá sojuzgados, y les hará hacer todo lo que quisiese". He aquí, pues, el primer secuestro de que se tenga noticia en América. Colón se forma una imagen de los indígenas muy rápidamente: "Crean questa isla y todas las otras serán así suyas como Castilla [...] Ellos no tienen armas, y son todos desnudos y de ningún ingenio en las armas y muy cobardes, que mil no aguardarían a tres, y así son buenos para les mandar, y les hacer todo lo otro que fuese menester, y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres". ¿Quiénes son los que van a

ser esclavizados o reducidos a servidumbre, cuando no masacrados? Escribe el mismo Colón: "No puedo creer que hombre haya visto gente de tan buenos corazones y francos para dar [...] Son gente de amor y sin codicia [...] aman a sus prójimos como a sí mismos y tienen una habla la más dulce del mundo y mansa". Se decía que el cacique Caonabó había atacado el fuerte Navidad, donde habían quedado unos 39 españoles del primer viaje. Colón ordenó buscarlo y detenerlo. Antes había estado repartiendo camisas entre los indios. Se comprende la razón de su generosidad: "que Cahonaboa vaya hablar con vos [Ojeda], porque más segura se haga su prisión; e porque él anda desnudo e sería malo de detenerle, e si una vez se soltase e se fuyese, no se podría así haber a las manos por la disposición de la tierra, estando en vistas con él, hacedle dar una camisa y vestírsela luego, y un capus, y ceñidle un cinto, y ponedle una toca por donde le podeis tener e no se vos suelte". Ojeda le había cortado a un indio la oreja (siguiendo instrucciones del genovés) por haberse quedado con unas ropas de cristiano, y puso luego en prisiones a un cacique y a dos indios principales que habían venido a quejarse a él por el castigo del primero; envía luego los prisioneros al virrey Colón, el cual los hizo decapitar a los tres en el centro de la plaza. Colón impone a los indios un tributo de oro: una campanilla de Flandes llena de oro cada tres meses por cada indio varón mayor de catorce años habitante de un distrito de minas de oro, y una arroba de algodón para los que vivían en regiones menos favorecidas. Como recibo del pago del tributo, el indio llevaría al cuello una medalla de latón. Los indios queman las cosechas, y huyen. Ya que los indios no quieren proveer oro, "oro es lo que oro vale", Colón captura indios y trafica con esclavos. Un hombre, aún mediano, vale 8.000 maravedís. En otoño de 1498, llegan barcos a España enviados por Colón, con una carta: "De acá se pueden, en el nombre de la Santísima Trinidad, enviar todos los esclavos que se pudiesen vender". A la vuelta de su segundo viaje, Colón desfila por las calles de Sevilla con el hermano de Caonabó uncido con un collar de oro. Carta de Colón

a los reyes en julio de 1503 desde Jamaica: "El oro es excelentísimo: del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas al paraíso". Anota en su Diario: "Los indios, idólatras, no tienen una verdadera religión [...] No he podido encontrar aquí ninguna creencia, y pienso que se convertirían fácilmente a nuestra religión". De vuelta del primer viaje, Colón cobra los 10.000 maravedís prometidos por la corona a quien primero viese tierra, y que correspondían al marinero de La Pinta llamado Rodrigo de Triana. A propósito de la "lucecita" que vio Colón antes del grito del marinero de La Pinta, Morison ha mostrado que justo a esa hora estaban a 35 millas de las Bahamas, distancia a la cual era imposible ver ninguna luz en la isla. ¿Era Colón una "preencarnación de don Quijote", como sostiene Madariaga? Más bien, como escribe Vignaud, "he comprobado con sentimiento que no podría señalarse en su vida ninguno de esos rasgos de benignidad que son ornato de las grandes almas".

RODRIGO PÉREZ GIL

Un libro con tela para cortar

El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)

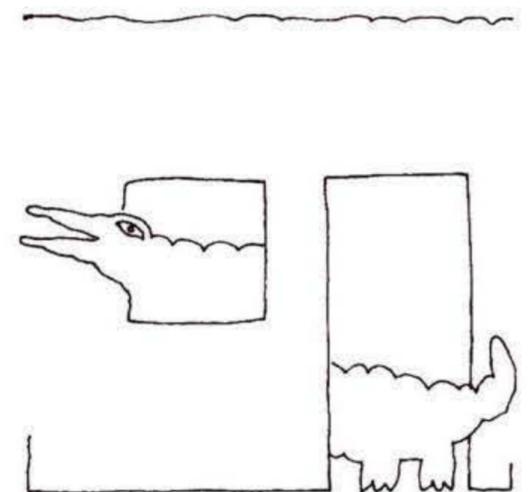
Alfonso Múnera

Banco de la República, El Áncora Editores, Bogotá, 1998, 248 págs.

La independencia de lo que hoy denominamos Colombia tuvo un gran historiador, José Manuel Restrepo, autor del conocido libro *Historia de la revolución de la República de Colombia*, que, como tantos otros estudios sobre nuestra evolución social como nación, ha sido más encomiado que leído.

Una vez que se publicó su obra, los personajes que habían sobrevivido y no se consideraban bien tratados por él enriquecieron el material histórico con sus propias versiones sobre aspectos

parciales. Casi todos tuvieron un sentido autojustificador. Páez tuvo la motivación de escribir sus memorias a partir del conocimiento que tuvo de la obra de Restrepo, que pintaba con colores poco agradables su papel en la división de la Gran Colombia. Obando no pudo resistirse a controvertir los señalamientos que le hizo Restrepo en relación con la muerte de Sucre, aunque el historiador se había cuidado de no acusarlo directamente del hecho.



A pesar de estas controversias de menor calado, Restrepo es el Tucídides de la historiografía colombiana, el que aportó las primeras bases de la recuperación de la memoria sobre los acontecimientos que rodearon la Independencia, junto con sus antecedentes y sus postrimerías. Además, él vivió ese tiempo, fue protagonista en muchos hechos, y tuvo en sus manos los documentos, los personajes y las incidencias más íntimas del período.

Restrepo dejó testimonios de su pasión por la historia política de Colombia, tal vez sin darse cuenta de que su labor era única y que estaba recopilando los más valiosos documentos y observaciones personales.

La argumentación fundamental de Restrepo está basada en el análisis político y militar de la Independencia, en donde se muestra imbatible ante los demás historiadores que han penetrado en el período, y que no tuvieron la fortuna suya de convivir con los acontecimientos. Los historiadores del siglo XIX dejaron a Restrepo en su pedestal y dedicaron sus esfuerzos a reforzar campos específicos de biografías, relatos o autobiografías. En el siglo XX, tal vez resalta la obra de la Academia Colombiana de Historia publicada por Lerner, que